





El otro nos proporciona las sólidas resoluciones, la firmeza del valor y la inviolable obediencia que se requieren para cumplir la voluntad de Dios y para padecer, aceptar, aprobar y abrazar todo lo que es de su gusto.

»El uno hace que nos complazcamos en Dios; el otro nos mueve á complacer á Dios.

»Por el uno ponemos á Dios sobre nuestro corazón como bandera de amor bajo la cual militan todos nuestros afectos; por el otro le ponemos sobre nuestro brazo como espada de amor con la cual realizamos todas las hazañas de las virtudes.»

Probemos á indicar lo que debemos hacer por este Dios á quien todo lo debemos, á fin de dirigirnos en la práctica de esta sumisión y de esta donación.

## I

## Amar á Dios es pensar en Dios.

Pensar en Dios es tener su recuerdo como *permanente* en nuestra memoria, ó mejor dicho, en nuestro corazón. No quiere esto decir que no podamos tener jamás otro pensamiento, sino que el pensamiento de Dios domine siempre, como domina siempre en el corazón de la madre el recuerdo de su hijo. A cualquiera hora que preguntéis á una madre: «*¿En quién estás pensando?*» Os contestará en seguida y como por instinto: «*¿En mi hijo!*»

¡Ah! Tampoco los santos tenían más que un pensamiento: ¡Dios! ¡Dios! ¡siempre Dios! «*¿Estáis mucho tiempo sin pensar en Dios?*»,

preguntaba un día candorosamente santa Chantal á san Francisco de Sales: «*Cerca de un cuarto de hora*», respondió todavía con más candor el santo Obispo.

1. Este *pensamiento en Dios* no es estéril, sino que anima, despierta, da valor, levanta.

¡*Dios está aquí!*, murmura el corazón; y el trabajo es más activo y el padecimiento mejor soportado.

¡*Dios está aquí!*, y la obediencia es más fácil, y la pobreza es menos molesta, y la tentación es rechazada con más brio.

¡*Dios está aquí!*, y la abnegación que flaqueaba recobra toda su energía, y hasta las mismas fuerzas físicas reciben al parecer nuevo vigor.

¡Ah! Bajo la mirada del amadísimo Padre á quien se quiere complacer; de ese Padre tan compasivo con todas nuestras flaquezas y nuestras caídas; de ese Padre amantísimo que con tanta largueza retribuye la más humilde acción hecha por El y en unión con El: el más ligero padecimiento aceptado como venido de El; ¿cómo no sentirse la religiosa sostenida, animada y excitada?

Así es como se purifica más y más nuestra intención, y se acrecientan casi indefinidamente nuestros méritos.

¿No es la intención habitual de obedecer á Dios, de agradar á Dios, de glorificar á Dios lo que da valor á nuestras acciones? ¿Y no quiere todo esto el alma que habitualmente tiene el pensamiento en Dios? «Cuanto más frecuente y piadoso hubiere sido el recuerdo de Dios en



la tierra, dice san Buenaventura, tanto más perfecto y embriagador será nuestro gozo en el cielo.»

Además, ¿se puede pensar en Dios sin hacer frecuentes *actos de amor*?

Y cada acto de amor, ¿no es, según el sentir de los santos, un aumento de la gloria de Dios, un estremecimiento de alegría en todo el cielo, una multiplicación de gracia en nosotros y en torno nuestro, un alivio de penas para las almas del purgatorio, una tregua en el castigo de los pecadores de la tierra?

2. Este *pensamiento en Dios* nos tiene tranquilos y con mucha paz, pues nos muestra á Dios siempre padre, siempre bueno, siempre compasivo, siempre misericordioso, siempre generoso.

Nos muestra á Dios *en la prueba*, midiéndola según nuestras fuerzas; en la *tristeza*, reanimando nuestro valor; en la aglomeración de negocios, calmando nuestro azoramiento y prestándonos su socorro aun para las cosas materiales; en nuestras *adversidades* y disgustos consolándonos; en nuestras *caídas*, tendiéndonos la mano.

¡Oh dulce, oh poderoso, oh amable pensamiento en Dios!

Y para hacerlo más continuo y más penetrativo, el alma religiosa *que ama* multiplica á su alrededor *el santo nombre de Dios* y las *imágenes de Jesús crucificado*, á fin de que este nombre y esta imagen, hiriendo sus miradas, despierten con más frecuencia el recuerdo de su Dios. Hace un pacto con el ángel

de su guarda á fin de que, cada vez que el reloj dé la hora, venga á decir á su corazón: «*¡Ama á tu Dios, á tu Dios, que tanto te ama!*»

3. Este *pensamiento en Dios*, que por efecto de la costumbre, y sobre todo de la gracia, reside en el alma, induce á *recurrir á Dios* en todos los peligros. No es ya la exclamación naturalmente cristiana lo que hace decir *¡Dios mío!* á la religiosa sobresaltada ó sorprendida; es el amor, es la convicción que tiene de que realmente está defendida y protegida por Dios.

La religiosa habla á Dios de todo lo que le sucede; niña, siempre niña en la casa de su padre, le dice *la pena que le han causado, el olvido en que la ha dejado, los proyectos que le pasan por las mientes*. «Esperad, decía un santo cada vez que se le pedía una decisión y tenía un poco de tiempo, *voy á consultar*»; é iba delante del Santísimo Sacramento. También san Vicente de Paúl y M. Ollier iban á menudo á leer las cartas que recibían delante del Santísimo Sacramento.

Debe haber una dulce y respetuosa familiaridad entre la religiosa y el buen Dios. ¿Acaso no forma ella parte de la familia de Dios?

Este *pensamiento en Dios* la religiosa quisiera tenerlo continuamente presente, como lo tienen presente en el cielo los ángeles y los santos; pero sabe que esto es imposible en la tierra sin una gracia especial, y para suplir á su impotencia hace con Dios lo que se llama *un convenio*, y todas las semanas, y á veces todos los días, dice á Dios:



«¡Dios mío! tengo intención, cada vez que respire, en esta semana ó en este día, de ofrecer tantos actos de amor como os ofrecen en el cielo los ángeles y los santos, y, sobre todo como os ofrece la Santísima Virgen María.

»Tengo intención, cada vez que éntre en la capilla ó que mis ojos tropiecen con una imagen de Jesús crucificado, de ofrecer tantos actos de adoración y de amor como os ofrecen los ángeles que tienen la dicha de velar alrededor de los santos Tabernáculos en toda la extensión de la tierra.

»Tengo intención, cada vez que hiciere un acto ordenado por la obediencia, de unirme á los actos de sumisión que Jesús hizo durante su vida mortal, y que hace aún ahora en la santa Eucaristía.

»Tengo intención, cada vez que sintiere alguna pena, adversidad ó pesar, de unirme á los dolores que sintieron en otro tiempo Jesucristo y su santísima Madre; y si de mis labios saliera una queja, ó solamente se alzase en mi corazón, me retracto desde ahora de la manera más completa.

»Tengo la intención de aceptar todo lo que me sucediere como venido de vos, ¡oh Dios mío!, y desde ahora proclamo *justas, santas y buenas* todas las cruces que os plazca enviarme.

»Tengo, por fin, la intención ¡oh Dios mío! de hacer de cada uno de los instantes de mi vida un acto de expiación, de acción de gracias, de sumisión; un acto de amor, el más perfecto que me sea posible hacer.»

## II

**Amar á Dios es hablar á Dios con frecuencia.**

Hablarle mediante la *oración vocal*, hablarle y escucharle mediante la *oración mental*.

Dios está ahí, y tú, que te has dado á El; tú, que eres su sierva, pero sierva por amor; tú, que tienes la dicha de vivir en su casa, de trabajar en su obra y bajo su dirección; ¡tú le arrojarías como trasto viejo en un rincón de tu celda, y echándole en cierto modo un velo sobre los ojos á fin de que no te viese!

¡El amor no se contenta con la *presencia*; quiere también la *conversación* con el objeto amado!

1. Haz, pues, frecuentes aspiraciones de *respeto*, de *confianza*, de *amor* y de *gozo*.... Reza tus oraciones de regla con respeto grave y bajo la impresión de la presencia de Dios; dilas con *lentitud*, saboreando algunas veces toda la suavidad que encierra cada palabra. ¡Oh! ¡Cuánto gozo, fuerza y consuelo dejan en el alma un *Padre nuestro*, un *acto de esperanza*, un *acto de amor*, un *acto de agradecimiento*, atenta y pausadamente recitados!

Forma sobre ti la *señal de la cruz* con intención y propósito de oponer una barrera á las tentaciones del demonio.

No empieces ningún rezo ú oración, por breve que sea, sin recogerte algunos segundos y decirte: *voy á hablar con Dios*.

Estos medios exteriores ejercen grande influencia sobre el alma; le conservan su calor,



forman en torno de ella una especie de fanal que impide se disipen la paz y la piedad comunicadas por la santa comunión.

Los santos iban siempre *á la oración* con una gravedad exterior que impresionaba.

Santa Teresa decía á san Juan de la Cruz que había recibido *la gracia del respeto á Dios y á las cosas de Dios*, y que no podía ponerse en oración, ver una cruz ó un altar sin experimentar en sí misma un sentimiento indefinible de paz y de calma interior que llenaba todo su sér. «¡Oh, le dijo el santo, *dad gracias á Dios; éste es uno de los más grandes favores que ha podido concederos!*»

2. Penéstrate bien de esta idea: cada vez que pronuncias la palabra *¡Dios mío!*, que es un grito de invocación, Dios te responde: «*¡Aquí estoy, hija mía!*»; y si estás recogida y atenta, sentirás de una manera ú otra esta presencia divina.

Durante el rezo del Oficio has de tener algunos momentos bien determinados para elevar tu corazón á Dios y recordar que estás en su presencia, y que es á El á quien hablas: por ejemplo, cada vez que digas: «*Deus, in adiutorium meum intende—Gloria Patri—Per Dominum nostrum Jesum Christum.....*»; cada vez que te pongas en pie ó que la palabra *Deus* ocurra en un versículo (1).

(1) Haz que te expliquen una y otra vez el sentido de las palabras latinas que se encuentran más á menudo en el Oficio divino: ocho ó diez palabras bien comprendidas bastarían para recoger tu espíritu cada vez que se distra-

3. Ama sobre todo *la oración*. Es éste uno de los más copiosos manantiales de santidad para una religiosa.

Las que se han disgustado de su vocación, han empezado todas por descuidar *la oración*. Las que han caído en la tibieza y continúan en ella, no se toman gran molestia por hacer bien su *oración*.

Los directores experimentados dicen todos, con el tono de una imponente convicción, que *desafían á que se les muestre una buena religiosa que no haga oración, ó una hermana dada á la oración, que no sea buena religiosa*.

«Tengo de ello bien triste experiencia, decía santa Teresa; habiendo dejado la oración por algún tiempo, empecé á caer en muchas faltas y pecados, de que no podía verme libre..... No eran, á mi parecer, graves; pero yo iba de mal en peor, y me habría perdido infaliblemente si no hubiera vuelto á la oración.»

Una santa superiora, cuando advertía falta de religiosidad en alguna hermana, solía preguntarle: *¿Cómo hace usted la oración?* Y había notado siempre que el relajamiento en la oración precedía al relajamiento en la conducta.

La oración, no digo *bien hecha*, sino hecha con perseverancia, con asiduidad, con algunos esfuerzos diarios para hacerla mejor, aunque

jera, y para proporcionar á tu corazón sentimientos de confianza, de gratitud, etc. Hablaremos más adelante del rezo del Oficio: no olvides que es *el sacrificio de los labios*, que es preciso pronunciar todas las palabras, que *todas* se las debemos á Dios, no rigurosamente hablando, pero se las debe *el corazón*, que no quiere omitir ni una sola.



con un poco de flojedad, no hará evitar ni aun *todas las faltas graves*, pero evitará que permanezca el alma en estado de pecado mortal. «La meditación y el pecado no pueden vivir juntos en una alma», dice san Felipe Neri.

Y la oración *bien hecha*, es decir, mediante la preparación de un día habitualmente en unión con Dios; un día durante el cual se ha guardado el corazón de todo afecto sensual, el espíritu de todo juicio desfavorable, los sentidos de todo deleite material voluntario, la lengua de toda palabra burlesca, mordad, picante, chismosa:

La oración preparada mediante la puntualidad en levantarse por la mañana, una oración vocal piadosamente recitada:

La oración durante la cual sólo se propone una cosa: *hacerse santa y buscar los medios para ello; no rehusar nada á Dios; unir siempre más estrechamente su voluntad á la voluntad de Dios:*

¡Oh! ¡Cómo santifica esa oración! ¡Cuánto glorifica á Dios! ¡Cómo indica muy bien que la religiosa que así la hace ama al buen Dios!

De esta oración hablaba santa Teresa cuando decía: «*El alma que haga un cuarto de hora de oración todos los días, no puede perderse.*»

De esta oración es de la que quería hablar san Ignacio cuando, preguntándole qué sentiría si su Compañía llegase á ser disuelta, contestó: «*Haría un cuarto de hora de oración y no pensaría más en ello.*»

Si se observa la vida de los santos de todos

los tiempos, se verá que disienten entre sí en muchos puntos; mas *uno solo* es común á todos, y éste es el *amor y la afición á la oración* (1).

### III

#### Amar á Dios es hablar de El.

De la abundancia del corazón habla la boca, dicen los libros santos. Bien lo comprendía aquel filósofo que decía: «*Dejadme asistir durante una hora á la conversación de una persona, y os diré lo que quiere.*» Si nuestro corazón estuviera *lleno de Dios*, como debe estarlo, lleno del recuerdo de sus beneficios, lleno de su amor para con nosotros, ¡con qué gusto hablaría de El! «Cuando uno se encuentra con otro, dice san Francisco de Sales, le pregunta: «*¿Está usted bueno?*», aunque vea que disfruta de muy buena salud. No debéis, pues, llevar á mal que, sin desconfiar de vuestra virtud, os pregunte por amor: «*¿Amáis á Dios?*» ¿Por qué nosotros, que somos del buen Dios, y cuyo *oficio*, por decirlo así, es amarle siempre más, no nos hemos de pedir noticias del progreso que hacemos en este amor? «¡Ay!, dice también el amable san Francisco de Sales, las abejas se complacen alrededor de su miel, pero las avispas en el fango; así las buenas almas tienen sus delicias en Jesucristo, pero las almas

(1) Hablaremos más adelante de la manera de hacer la oración.



desordenadas se complacen en las frivolidades y vanidades mundanas.

Hablemos, pues, algunas veces del buen Dios.

1. Hay que hablar de Dios *al niño* para hácersele conocer y amar. ¡Oh! ¡Cuánta gloria se puede proporcionar á Dios haciendo que le alaben y bendigan los niños! Los malos se han organizado para enseñar blasfemias á esas precitas almas y manchar sus labios con la esperanza de corromper su corazón. Obligémonos, los que somos de la familia de Dios, á reparar por el mismo medio las injurias hechas á nuestro Padre, haciendo repetir á los pequeños, aun cuando no puedan comprenderlo: «*¡Dios mío, os amo con todo mi corazón porque sois infinitamente bueno!*»

2. Hay que hablar de Dios *al pobre* para enseñarle á no murmurar; y cuando tenemos la dicha de dar una limosna, no la entreguemos sin recomendar al que la recibe que dé gracias al buen Dios. Los pobres, los desgraciados, los afligidos abundan á las puertas de las casas religiosas; aun cuando hablan contra nosotras, saben muy bien que en nuestras casas encuentran más socorros que en ninguna otra parte; ya que vienen á nosotras, aprovechémonos para cumplir nuestra misión de *empleados de Dios* enseñándolos á conocerle y amarle.

3. Hay que hablar de Dios *al enfermo* para mostrarle la mano de Dios, que cura su alma al affigir su cuerpo. Esto es difícil algunas veces. ¡Hay tanta ignorancia de la religión, tanta

preocupación, y, sobre todo, tanto horror á padecer y tanto apego á la sensualidad! Pero la religiosa que tiene el corazón *lleno del buen Dios* puede siempre insinuarse cariñosamente con algunas palabras que calmen la irritación del alma y hagan que dirija la mirada al cielo, siquiera por un instante.

¡Oh! vosotras, religiosas, que tenéis el encargo especial de educar á los niños ó preparar á los enfermos para la muerte, asistiéndolos en sus enfermedades, tened amor á vuestro destino, cumplidlo con alegría; no os dejéis abatir por las dificultades, por el poco fruto, por la monotonía y la pesadez del trabajo; pensad que *promovéis el amor de Dios y le amáis!*

No os desaniméis, ni por la frialdad y la indiferencia de los mismos por quienes os habéis sacrificado, ni por su ingratitud, ni por el poco apoyo y falta de ánimo que encontréis á vuestro alrededor, ni por el olvido en que vivís; pensad que *promovéis el amor de Dios y le amáis.*

4. Debéis hablar de Dios *entre vosotras, religiosas*. Una de las cosas que algunas veces afligen el corazón de los santos es el ver que, aun en las comunidades, *se habla poco del buen Dios y de las cosas de Dios* durante las recreaciones y en el trato íntimo de la amistad. Indudablemente, no es necesario estar de continuo *como en oración*, no por cierto; el pensamiento de Dios ni en nosotros ni á nuestro alrededor ha de producir rigidez, frialdad, afectación; Dios, que ha creado el canto armonioso del pajarillo, la aterciopelada flor, el jugo de



la fruta, la sonrisa de los labios, Dios no prohíbe ni las conversaciones alegres, ni los cuentos divertidos, ni graciosos chistes; pero quiere *que jamás se le excluya de todo esto, ni se le eche á un rincón como un importuno*; Dios quiere estar siempre *en medio de las conversaciones para poder dejarse ver allí y tomar la palabra á su vez.*

En algunas comunidades, uno de los miembros está encargado durante la recreación de recordar con una sencilla palabra la presencia de Dios; va de grupo en grupo, como un ángel visible de la casa, y á media voz pronuncia estas palabras: *Sursum corda!*; *¡levantad los corazones!*

«Santa Chantal, dice la Madre de Chaugy, vigilaba á la que tenía el encargo de recordar la presencia de Dios durante la recreación, y á menudo lo hacía ella misma, entremezclando alguna palabra devota; y cuando se acercaba el fin de la recreación, hablaba de alguna cosa de devoción á fin de que cada cual se fuese en silencio y con un afecto espiritual. Durante el Adviento y Cuaresma deseaba que nuestros recreos fuesen más devotos que en los demás tiempos, y en esos días nos decía algunas veces: *Divertíos cuanto queráis durante media hora, y la otra media me la daréis para hablar de nuestro Señor.* Y mientras que nosotras empleábamos nuestra primera media hora, ella se estaba (en los últimos años de su vida, á causa del natural abatimiento de su avanzada edad) con los ojos cerrados é hilando despacio su copo; pero en cuanto llegaba el momento de

hablar de nuestro Señor, en seguida recobraba su persuasiva elocuencia.»

Cuando se ama mucho al buen Dios se goza en estar cerca de El, en hablarle á menudo, en hablar con frecuencia de El, y el buen Dios no cansa nunca (1).

(1) «Nada más fervoroso al principio del instituto, escribía la madre Chaugy, que las conversaciones y recreos de nuestras hermanas. Casi no hablaban de otra cosa que *del fervor, de la oración y de la fidelidad en la mortificación*, comunicándose mutuamente con encantadora fidelidad *su escaso caudal*; de lo cual les daba tan deleitoso ejemplo nuestra bienaventurada Madre, que todas se sentían atraídas por el olor de aquella suave fragancia. Esto sucedía antes que nuestro bienaventurado Padre ordenase que no se hablara tanto de oración en recreo, y que se ocupasen más en cosas indiferentes y en *conversaciones menos serias.*»

«En cierta ocasión, añade la misma autora, una de nuestras hermanas superiores le escribió (á nuestra santa Madre) que Su Caridad debía dar algunos avisos á fin de que las recreaciones se hiciesen con gravedad; que por su parte sentía pena al ver reír á sus hijas cuando pensaba que san Benito no se había reído nunca. Esta bienaventurada Madre le contestó: «Hija mía, hay que respetar todo lo que los santos han hecho; y si fueses benedictina, me creería obligada á explicarte ese rasgo de la vida del gran san Benito; pero como eres de la Visitación, es preciso que entiendas el espíritu de tu santo Fundador, que era un santo, yo te lo aseguro, y su santidad no le impedía, durante el tiempo de una santa recreación, mostrar graciosa alegría que comunicaba á los demás; reía de veras cuando había motivo para ello. Hace poco lei en la Escritura que Sara, con motivo de la concepción milagrosa de su hijo, decía: *«El Señor me ha hecho reír»*; yo pienso que el espíritu de Dios trae gozo, y puesto que la Providencia nos ha sujetado á la necesidad de beber, comer, dormir y distraernos, debemos decir: El Señor me hace beber, el Señor me hace comer, el Señor me hace



## IV

Amar á Dios es evitar todo lo que puede desagradarle.

¡Desagradar á Dios! ¡Oh! ¿habrá religiosa que quiera, á sangre fría, hacer un acto que *desagrade á Dios?*

Un amigo vela sobre sus palabras, sobre sus modales, sobre su porte, para evitar todo lo que puede, no digo *ofender*, sino sólo molestar á su amigo. ¡Oh! También yo, Dios mío, también yo quiero velar sobre mi corazón, sobre mi voluntad, sobre mis inclinaciones; no os pido más que una cosa, *que se me avise*.

Avisadme, cuando estuviere á punto de tomar algún *libro frívolo*, que me haría perder el tiempo; ó algún *papel* que el demonio me pondría delante de los ojos, y que seduciéndome con el cebo de las noticias, me arrastraría á descuidar mi deber.

Avisadme cuando la inclinación me instigue

»dormir, el Señor me hace reir y recrearme; y así todo se  
»hará por obediencia y en nombre del Señor. Ten cuida-  
»do, querida hija mía, de no quitar á esas hermanas la li-  
»bertad que la regla les concede, y no seas rígida; puedes  
»estar contenta con tal que las recreaciones se hagan se-  
»gún las reglas. Considera, querida hija, que nosotras las  
»superiores, que nos hemos pasado una parte del día en  
»los negocios, hablando con las hermanas ó en el locuto-  
»rio, cuando vamos á recreo nos parece que estamos allí  
»de más, y de buena gana dedicaríamos esas horas al reco-  
»gimiento; pero nuestras hermanas, que no se han mo-  
»vido del coro ó de sus celdas, necesitan aflojar sus ar-  
»cos, como dice nuestro bienaventurado Padre.»

á buscar á tal compañera, con la cual falto á la caridad, ó con quien me quejo comunicándole mis murmuraciones.

Avisadme cuando, por un afecto enteramente natural, me sintiere inclinada á hacer una visita inútil; á decir una palabra que me lisonjea; á componerme tal vez con un poco de coquetería.

Avisadme cuando esté en peligro de faltar al silencio, á la modestia, al recogimiento.

Avisadme cuando, para huir del fastidio, quisiera, dejando parte de mis rezos, buscar la sociedad de las gentes del mundo; prolongar mi visita en el locutorio; entretenerme en forjar quimeras y vanas ilusiones.

En evitar esos actos que acaso no siempre sean culpables en sí mismos, pero que lastiman el corazón de Dios, se muestra *el amor*; y la religiosa que quiere ser fiel á las promesas que ha hecho á su Dios, adopta por regla de conducta las palabras siguientes:

*Jamás consentiré en cometer ningún pecado, ni aun el más leve, con plena deliberación.*

*Jamás cesaré de luchar contra las inclinaciones de mi naturaleza, que pueden inducirme á ejecutar un acto contrario á lo que Dios me pide.*

En evitar lo que puede desagradar á Dios consiste el *amor efectivo*, y encierra tres grados.

El primer grado, *necesario para la salvación*, consiste en estar dispuesto á sufrirlo todo antes que ofender á Dios gravemente.

El segundo grado, cuya práctica es indispensable á los que, como la religiosa, están obliga-



dos por su estado á caminar á la perfección, consiste en renunciar á toda satisfacción de donde resulte un pecado venial.

El tercer grado, el que tratan de conseguir las religiosas que comprenden el amor que Dios les ha manifestado llamándolas á la religión, consiste en hacer por Dios, y únicamente porque le son agradables, las cosas indiferentes y de puro consejo, ó bien en hacer lo que repugna á la naturaleza, á fin de dominar sus inclinaciones, y de este modo dar á Dios más viva prueba de amor. Las religiosas realmente unidas á Dios, obran así á todas horas y en todos los instantes, observando los más pequeños puntos de su regla, aun cuando saben que los tales puntos de regla no obligan ni aun bajo pena de pecado venial. Saben por experiencia lo que decía un siervo de Dios, «que todas las tentaciones del demonio no dañan tanto al alma como una faltilla cometida voluntariamente, ó un rebato de la naturaleza mal mortificado».

Para excitaros á conseguir este grado de amor y evitar aún las más leves faltas, creamos conducente:

- 1.º Hacer algunas reflexiones sobre las consecuencias del pecado venial;
- 2.º Indicar las principales faltas en que más fácilmente suelen caer las religiosas.

#### I.—CONSECUENCIAS DEL PECADO VENIAL

Vosotras, almas tan queridas de Jesucristo; vosotras, que tal vez ni siquiera os tomáis la

molestia de evitar lo que os puede inducir al pecado venial, penetraos bien de las siguientes verdades:

1. *Durante vuestra vida*, un pecado venial priva á vuestra alma, no del amor de Dios en absoluto—sólo el pecado mortal produce este efecto,—pero la priva:

De una *gracia* que Dios le tenía preparada y que ha debido rehusarle; de una gracia que quizá era el principio de una serie de favores que Dios reservaba á vuestra generosidad;

De un *grado de gloria* que hubiera adquirido para la eternidad y que ha perdido;

De un *grado de amor* que el corazón de Dios se disponía á darle, y que Dios ha debido retener;

De una *fuerza* que hubiera adquirido para resistir á nuevas tentaciones, y que ya no tendrá cuando lleguen esas nuevas y más fuertes pruebas.

¡Oh! ¿no es verdad que hay algo de aterrador en la simple enumeración de *estas privaciones*? Y si muchas veces al día cometo pecados veniales, si muchas veces al día renuevo estas privaciones, ¡oh pobre alma mía! ¡Cuán débil te sentirás por la noche! ¡Cómo, poco á poco, te irás empobreciendo!

2. *Después de vuestra vida*, un pecado venial, si no se ha borrado con vuestras lágrimas y reparado con una sincera penitencia, ese pecado:

Retardará por un tiempo, quizá muy largo, la felicidad que gozaríais en la presencia de Dios;



Os hará padecer en el purgatorio tormentos que la lengua humana no puede explicar; la pena del amor que quiere y no puede, que se lanza y es rechazado.

¡Ah! Si en el infierno, á pesar de ser Dios aborrecido, es esta privación de Dios el más intolerable de los suplicios, ¿cuánto no padecerá en el purgatorio una alma que ama á Dios, que desea á Dios, que tiene hambre y sed de Dios! Sus padecimientos no tendrán, es cierto, las torturas de la desesperación, pero serán en cierto modo *más sensibles*.

3. *¡Y durante la eternidad!* ¡Oh, no, ya no existirá ese pecado venial, expiado en el purgatorio y perdonado para siempre; pero *sus consecuencias* serán eternas.

Atended: aquel minuto durante el cual en los días de vuestra vida cometisteis un pecado venial, hubierais podido llenarlo con *un acto de amor de Dios*; la gracia os incitaba á resistir á la tentación, y esa resistencia hecha por amor, ¡oh cuán grata hubiera sido al corazón de Dios!; y ese acto de amor os hubiera proporcionado *un gozo durante toda la eternidad*, gozo que nunca jamás probaréis; y ese acto de amor os hubiera merecido *durante toda la eternidad una efusión* más de la terneza de Dios, y esa muestra de cariño, cuya más débil irradiación extasia á los ángeles, nunca jamás la tendréis!

¿No es verdad que hacen profunda impresión estas reflexiones, á pesar de ser tan sencillas, sobre las consecuencias del pecado venial, que nosotros llamamos *leve*? Sin duda lo

es en comparación con el *pecado mortal*; pero es tan opuesto á la santidad divina, que los teólogos han podido decir: Aun cuando pudiéramos cerrar para siempre el infierno; salvar á todas las almas que allí gimen; desalojar el purgatorio; hacer á todos los hombres de la tierra tan santos como los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, diciendo la más leve mentira, no deberíamos decirla; porque á la gloria de Dios resultaría más daño por esa mentira leve, que ganancia por todo cuanto habríamos hecho.

¡Ojalá sirvan estas reflexiones para precaver-nos desde ahora del pecado venial y excitarnos, no sólo á *borrar* los que hemos cometido, sino á reparar los tristes minutos en que los hemos cometido, por una intensidad de amor de Dios y abnegación con el prójimo, que nos permita hallar en el cielo toda la felicidad y todo el amor que Dios nos reservaba!

«No, dice santa Teresa, no quisiera por una ligera falta voluntaria perder el menor grado del goce de Dios durante toda la eternidad.

»Declaro que, si se me diera á elegir, preferiría padecer todas las aflicciones de la vida hasta el fin del mundo, con tal de adquirir un *solo grado* de la visión de Dios, más bien que acabar mi vida sin ninguna aflicción, pero sin aumento de esta visión bienaventurada.»



2.—PRINCIPALES FALTAS EN QUE MÁŠ FÁCILMENTE  
SUELEN CAER LAS RELIGIOSAS

1.º—*Pereza en los ejercicios espirituales.*

Esta pereza induce á omitirlos, abreviarlos, hacerlos con negligencia, con disgusto, con espíritu voluntariamente distraído, y sin fervor y hasta con flojedad, dejadez y postura á veces inconveniente. Hay en eso *más gravedad* de lo que parece; no porque esa pereza sea por sí misma pecado grave, sino porque nos priva de una gracia actual, y sin ésta carecemos de la fuerza y de las luces que, en vista de nuestra flaqueza, nos serían necesarias para resistir al demonio y cumplir nuestros deberes. ¡Ay de la religiosa que no sabe vencer la pereza cuando se da la señal para un ejercicio religioso!

2.º—*El afecto sensual.*

Es ésta una falta muy común, y apenas se la mira como falta. La religiosa debe estar dispuesta á dejar, á la primera indicación y sin la menor dificultad ó inquietud, á las personas que ama, á alejarse de ellas si se lo mandan, sin manifestar en su exterior la emoción que experimenta. Si no se halla en esta disposición, *su afecto no es bastante puro*, sino que tiene algo de desordenado. ¡Oh, cuántos males causa á la religiosa un débil afecto, por poco sensual que sea! Santa Teresa vió un día el sitio que habría ocupado en el infierno si no hubiese roto

completamente ciertas relaciones que tenía con personas del mundo.

3.º—*La cólera y la impaciencia.*

Conservar voluntariamente resentimiento; pensar con indignación y cólera en la injuria que nos han hecho; mostrar con el rostro airado ó con palabras picantes la alteración del ánimo; evitar, por sentimiento de antipatía voluntariamente fomentado, el encuentro con tal ó cual hermana; alimentar pensamientos casi rencorosos; despedir bruscamente, porque no nos gusta, á una compañera que se nos acerca; no poder soportar que una hermana obre con lentitud, que otra no haga en seguida todo lo que le decimos. He aquí los actos que desagradan á Dios, porque lo que hacemos contra el prójimo lo hacemos contra la misma persona de Jesucristo.

4.º—*La molicie y la sensualidad.*

Hay religiosas que en todo y por todo buscan *sus comodidades* y no quieren molestarse por nada. Celda, vestidos, alimentos, todo ha de ser como *ellas lo quieren*, y siempre lo quieren según su amor propio ó sensualidad. Y si no se condesciende con su capricho, que llaman *ellas necesidad real*, murmuran, se quejan, se muestran taciturnas, tristes y descontentas. Tales religiosas son la plaga de la comunidad, el tormento de la superiora. ¡Oh! Mientras sean así, no amarán al buen Dios como deben amarle.



5.º—*La mordacidad y maledicencia.*

Estos defectos proceden del amor propio, que nos induce á censurar las faltas del prójimo; hablar de sus rarezas, de su mal genio, de sus modales rústicos; y nos incita á decir una palabra picante, tildar una pifia, juzgar hasta de las intenciones mismas. La religiosa que tenga este defecto, puede renunciar á poseer jamás la paz del alma y el recogimiento.

6.º—*La locuacidad.*

Hay pocas religiosas que no tengan más ó menos este defecto; las que de él están dominadas son bien dignas de lástima, y tanto más, cuanto que nunca creen que lo tienen. La religiosa que no pone freno á su lengua, puede desde luego renunciar al *espíritu de oración* y á las dulzuras del *amor de Dios*. Por todas partes va recogiendo lo que se dice, lo que se hace, lo que ve, lo que oyè, y después necesita ir diciéndolo por toda la casa. Cuenta á ésta lo que otra ha dicho de ella; aun suponiendo que no tenga malas intenciones, y que sólo se proponga satisfacer la necesidad que siente de hablar, ¡cuántos males causa sin duda alguna! Engendra sospechas, concita los ánimos, crea enemistades, destruye poco á poco el espíritu de unión y de caridad, se acostumbra á los juicios temerarios; ni aun á los superiores respeta. Se prepara terribles castigos de parte de Dios.

7.º—*La vanidad y el orgullo.*

Este pecado se comete de muchas maneras. Ya es la *vana complacencia* de nosotros mismos, que nos inclina á pensar en nosotros con gusto y á pasar largo tiempo revisando en nuestro espíritu lo que llamamos *nuestros méritos*. Ya es la *convicción de lo que valemos*, que engendra en nuestro corazón desprecio hacia los demás, y nos induce hasta pensar que, si tuviésemos tal empleo, lo desempeñaríamos muy bien. Ya es esa misma *convicción*, que nos dispone á recibir mal una observación de nuestra superiora y de nuestro confesor porque pensamos que no nos entienden. Ya es el *deseo* de estimación y aprecio, que nos mueve á buscar alabanzas, nos llena de satisfacción cuando nos adulan, de tristeza cuando nos creemos postergados, y hasta nos induce á mendigar elogios. Este solo pecado basta para detener la efusión de las gracias de Dios, y aun para obligarle á retirarse: pues *da su gracia á los humildes y resiste á los soberbios*.

## V

Amar á Dios es procurar practicar á cada instante lo que le place.

No desagradar á Dios es la resolución de las almas que tienen más temor que amor.

Procurar *agradar á Dios* es la resolución de las almas que aman.